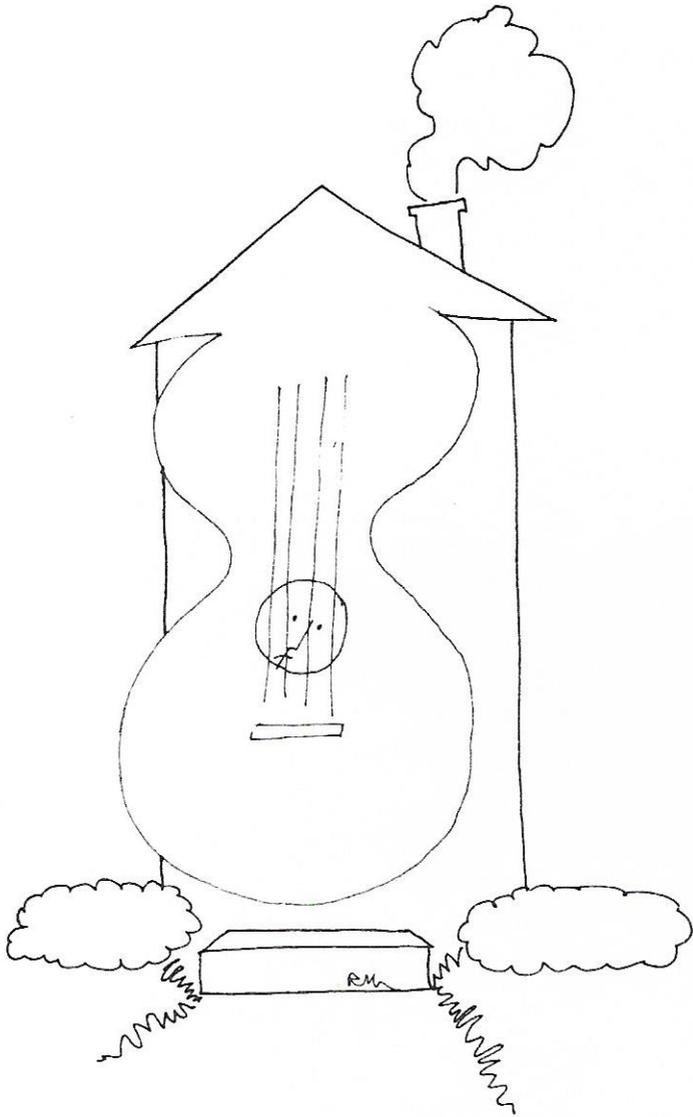


ISSN 1405-1281

Asociación Costarricense para la Investigación
y el Estudio del Psicoanálisis
ACIEPs

INSC.R.IBIR EL PSICOANALISIS

ginnette barrantes, lilliam garro,
daniel gerber, sandra jiménez, victor novoa,
julio ortega, maria josé rambla, gabriela ruiz
anacristina rossi, josé manuel salas.



nada. La guitarra era una lluvia. Nada. Notas perdidas es la tarde perdida.

EL ENIGMA DE LA HISTERIA

*Ginnette Barrantes S.**
*María José Rambla S.***

"...ya no se trata del enigma íntegro, sino de una parte de él en la cual está contenido el carácter particular de la histeria que la diferencia de las psiconeurosis (...) merced al psicoanálisis ya no debemos buscar más el enigma de la histeria".

(Freud: 1905; 38).

Antes de ser un texto, lo expuesto aquí fueron palabras compartidas con los compañeros del grupo de estudio, con Helí Morales y, posteriormente, con quienes asistieron al seminario de Psicopatología, con Susana Bercovich.

El psicoanálisis se ocupó, desde sus inicios, del enigma de la histeria. La histérica estuvo presente en el surgimiento de este nuevo saber, no como quien ofrece la teoría, sino como aquella que fue capaz de "...producir, con respecto a su interlocutor, la sugestión de que una teoría existiría efectivamente" (1).

* Apdo. 841-1002, San José, Costa Rica.

** Apdo 1305. San José, Costa Rica.

A lo largo del texto "Análisis fragmentario de un caso de histeria" (Dora) (2), Freud se refiere a la histeria como enigma: "...todas las colecciones de casos de histeria son fenómenos raros y asombrosos, no nos han hecho avanzar gran cosa en el conocimiento de esa enfermedad que sigue siendo enigmática..." (3). Esto refiriéndose a las clasificaciones de síntomas.

"Su respuesta pronta y honesta era que ya lo conocía, pero de dónde lo sabía era un enigma..." (4).

Con respecto al síntoma, Freud afirma: "Traté de hallar una vía de acceso hacia este enigma " (5).

Nos dejamos pues seducir por este enigma. Muchos caminos se abren a nuestro paso. Se escogió, no el de realizar un recorrido por los síntomas, sino el de centrarnos en los significantes de los dos sueños de Dora, en los elementos que aporta Freud acerca de la escritura de los casos clínicos y en las dificultades, tanto técnicas como transferenciales, que hacen de la comunicación de la clínica un acto ético, que puede enriquecer tanto la clínica como la teoría.

La postura freudiana es la de comunicar la clínica como una propuesta ética y de contribución a la teoría del Psicoanálisis (¿Y de la ciencia?). Una vez salvado el escollo de evitar el daño psíquico al paciente, Freud se pregunta: ¿qué se debe comunicar y sobre qué material se organiza el caso clínico? Asimismo, se interroga sobre cuál es su contribución a la psicopatología.

Freud no ignora las dificultades técnicas para escribir un caso: ¿cómo presentar el material, la transferencia y la escritura del informe como un momento "après coup" (nachträglich)? Por ello enfatiza que no se trata de un caso, sino de una construcción a posteriori. El fin del análisis nos dirá si éste lo ha sido o no. Los materiales de un análisis son los recuerdos, la memoria y el olvido. Su urdimbre está llena de tramas y de lagunas que necesariamente muestran lo incompleto de todo saber y como él mismo lo remarca, el principal obstáculo es "la insinceridad del inconsciente".

Freud no oculta su deseo de justificar su recién descubierta teoría de los sueños. En Viena, en 1900, donde la vida se sueña, Freud escribe "La Interpretación de los Sueños". En 1901, año en que trata por primera vez de publicar el "Análisis fragmentario de un caso de histeria", publica también

"Psicopatología de la Vida Cotidiana"; y en 1905, "El Chiste y su relación con el inconsciente". Brodman, en 1901, rechazó el manuscrito por considerarlo "una falta a la reserva profesional", por lo que no se publicará, sino hasta 1905.

¡Cómo no pensar que su descubrimiento del inconsciente -esa vía regia- no es la teoría que está empujando a Freud en su pregunta, por la aplicación de la técnica de la interpretación de los sueños al análisis! Freud se pregunta por el lugar de estos en la estructura o psicopatología de la neurosis. Nos dice: "...la nueva técnica es la única posible". Se refiere a este giro que va desde el método hipnocatártico hasta la cura por la palabra. En este momento, recalca la importancia de los sueños, de ese material fragmentado, incompleto, entramado entre las distintas épocas y al que el analista re-construye, según esa conocida metáfora, enunciada por Freud, del arqueólogo. El analista trabaja con un tiempo retroactivo, desde el relato del sueño y de las asociaciones del soñante, en donde la construcción se yuxtapone a lo auténtico. Aquí Freud ya no está centrado en la solución del síntoma, al cual concibe como multicausal y polícromo, sino que se dirige al discurso -en sus palabras- "al tema cotidiano".

Así las cosas, Freud pone su énfasis, no en mostrar el trabajo interpretativo ni la técnica, sino en esta multicausalidad del síntoma histérico y su sexualidad consustancial y, principalmente, en construir ese edificio íntimo de las neurosis, para dar cuenta, una vez más, como teórico, del lugar de la histeria en la psicopatología de las neurosis. Hasta dónde llega el trabajo de Freud investigador y hasta dónde llega el caso clínico, es un punto a discutir.

Pero Freud se percata de la paradójica relación entre la teoría y la clínica. ¿Es la práctica la sustracción de la teoría o la teoría la mejor práctica? Un problema epistemológico, pues la teoría no es el elemento confirmativo de la práctica o viceversa. No se trata de una convalidación, sino de que lo práctico es el pliegue de todo saber. No hay encuentro entre teoría y práctica: hay desencuentro, ruptura y contraste. En psicoanálisis, se trata de una pérdida y de un real que hace límite a la formalización.

Un caso no puede decirlo todo, ningún caso puede dar una respuesta total al enigma de la histeria... Una estructura no se presenta nítida en la clínica. Tampoco es desde su estructura de donde se construye el caso. No se trata de aplicar los conceptos, sino de abordar a un sujeto particular que sufre.

Finalmente, Freud nos advierte: un historial no puede convencernos de la etiología sexual de las neurosis, sólo el propio trabajo permite un juicio propio. No se puede convencer a otros, pues es la experiencia del analista la que le marca el camino de su convencimiento.

Dora no deja a Freud indemne. La despedida abrupta lo interroga respecto a la transferencia, un concepto que elabora más tarde. Dora se constituye como enigma de un incendio, donde el humo señala que allí hubo fuego. Tras dos horas de análisis del segundo sueño, ella partirá dejándonos preguntas.

Dora hace enigma a Freud. Enigma que su texto recoge como un síntoma y al que, en su lado de misterio, guiará a Freud, tratando de desenhebrar el hilo, por el laberinto de la femineidad y de la sexualidad. En tanto, la posición con respecto a la diferencia de los sexos, la femineidad está allí justo donde un real es inexplicable, y el "no toda" no puede traducirse a un orden ideológico o natural. En este punto está la interrogación freudiana de esta pregunta que todos conocemos: ¿Qué quiere una mujer?

En sus efectos imaginarios y simbólicos, en su posición particular frente al deseo y a la falta, se encuentra la vía que elige la histeria. En relación con el deseo, la histeria: "... es llevada a restaurar la dimensión del deseo por la insatisfacción que aporta a la demanda" (6). Se asegura de esta manera, la irreductibilidad del deseo a la demanda. En este mismo sentido, Rosolato (7) afirma: "El histérico vive la ilusión de que su demanda pueda ser satisfecha al igual que una necesidad y prolonga un deseo de un deseo insatisfecho; es insaciable como aquellos que acerca de algo creen en una saciedad posible". Mientras que Millot enfatiza la insatisfacción como forma de sostener el deseo, Rosolato destaca el ideal de satisfacción presente en la demanda de la histeria.

Por otra parte, el deseo como interrogación circula a partir de la pregunta por la femineidad. Así pues, se ve como la Sra. K hace enigma a Dora. Ella, como el Sr. K busca a la mujer en su misterio, aliena imaginariamente su pregunta de mujer, en una mujer distinta de ella. La Sra. K aparece para ella como metáfora que encarna la respuesta. La histeria cree que otra mujer sí tiene la respuesta ahí donde, como se había mencionado, la pregunta por la femineidad toca la roca viva de la castración. El error de Freud sería insistir en que Dora tiene un objeto específico del deseo: el Sr. K. Se podría decir que Dora insiste en la pregunta colocándose como intermediaria en distintos

triángulos (entre Sr. K, Sra. K, padre y madre). Lacan (8) recoge este punto planteando que Dora hace de intermediaria entre su padre y la Sra. K; pero necesariamente la Sra. K debe estar a su vez entre el Sr. K y Dora... Esto nos permite entender el final de la escena del lago a partir de la célebre frase "Mi mujer no significa nada para mí". Si la Sra. K cae, quedando solo el Sr. K y Dora, por lo mismo Dora cae al caer el ideal; quedan sólo su padre y la Sra. K. Con ello, se precipita un derrumbe de los soportes identificatorios. Este derrumbe se ve también, antes de la solicitud de tratamiento, cuando Dora deja una carta a sus padres anunciando un intento de suicidio.

Ante Freud Dora se presenta con la queja de ser utilizada y ofrecida por su padre al marido de la Sra. K, para ocultar la relación entre los amantes: la Sra. K y su padre.

En el libro 4 "La relación de objeto" (9) Lacan nos señala el papel de la dama, la Sra. K, en torno a la cual gira la pregunta de Dora.

El equilibrio social del grupo se ha roto: el padre sostiene una relación con la Sra. K, contra la cual Dora parece rebelarse. Pero Freud le recuerda que ella ha mantenido una posición de sostén.

Dora se identifica al Sr. K, en tanto él la liga a la Sra. K, quien no sólo es su objeto narcisístico, sino que encarna su pregunta por la femineidad.

Lacan nos permite plantear la pregunta por el don del padre. Este don circula en el intercambio simbólico. El padre ama a la Sra. K. Esto que su padre ama en otra mujer está más allá de Dora. Es el don en tanto la pone en el juego del intercambio. Sus síntomas encarnan en su cuerpo, la pregunta dirigida al Otro ¿Qué es ser mujer? La Sra. K realiza eso que Dora no puede saber (una falta, un más allá de ella misma). El padre muestra su impotencia y desea suplir, en lo material, lo que no puede donar simbólicamente.

El Sr. K es el cuarto elemento, si su mujer no significa nada para él, el triángulo se cae.

¿Cómo sostener la pregunta? ¿Cómo recibir el amor si ya no hay intercambio? ¿Cómo puede Dora saber quién es ella sin la Sra. K? Allí aparecen los síntomas como cartas de su enigma.

El segundo sueño así nos lo anuncia: la "Madonna" de Rafael, en la que Dora permanece dos horas en "una contemplación calma y admirada". Dos horas de trabajo también quedaban a partir del día cuando contó el sueño. Así como dos horas, en lugar de dos horas y media del camino costero del Lago que no desanduvo. La madonna, madre, virgen y mujer que no necesita de los hombres, quedará como la imagen contemplada que sostiene la pregunta de Dora acerca de la mujer. Freud quedaría con dos horas apenas de trabajo analítico y muchas más para desentrañar el enigma de Dora. Un enigma demanda a Freud su respuesta. El Psicoanálisis y la escritura de este caso pueden leerse como una respuesta.

I.

Sueños e histeria

En Dora, Freud toma el camino de los sueños. El sueño sale a su paso, le sorprende en el discurso de sus pacientes quienes insistieron en mostrarle que los sueños eran parte de su vida anímica. Freud hace del escrito sobre Dora una demostración acerca de cómo se inserta, en el trabajo del análisis, la interpretación de los sueños.

En cuanto aparece el dato, el clínico se afronta a desentrañar el enigma: la información brindada por los padres desfigura la enfermedad. ¿Qué lugar debe atribuir el psicoanalista a esta información, sin quedar atrapado en ella? ¡Pero cuidado! Ningún sujeto es capaz de dar una información veraz sobre sí mismo, siempre hay lagunas y enigmas, nexos desgarrados, secuencias inciertas, datos sin referentes reales. ¿Otra vez el arqueólogo? No se trata de lo que pasó verdaderamente, sino de un relato, una novela, un discurso. No hay biografía ordenada, ni inconsciente sincero. No hay historiales completos, sólo pueden construirse a partir de sus lagunas y de sus vacíos. Sin duda, el inconsciente trajo tanto a Freud como a los siglos posteriores, una gran complicación epistemológica. No se trata de la reconstrucción o interpretación de una realidad acontecida, sino de estos restos, marcas, huellas, retazos de cotidianidad sobre los que se sostiene el deseo del sujeto, respondiendo a una lógica inconsciente; si se quiere irreductible a una lógica de la razón o a una veracidad histórica.

¿Hacia dónde se dirige una cura? ¿Cuál es el fin de un análisis? ¿Se puede reconstruir todo lo que falta, hacer consciente lo inconsciente? Freud nos dice

que son estas lagunas, estos lapsus, eso que no se sabe, lo que lleva al saber del inconsciente.

Pero también está la seducción de completar la obra interpretativa, un significado que corresponda bis a bis a otro significante; un signo, un símbolo, una rigurosidad del sentido. Entre estos dos océanos se mueve el investigador Freud. ¿Existe una relación causa-efecto en la formación del síntoma? Es claro que en la interpretación de los sueños Freud se ocupa de un resto de la ciencia. En la clínica, nuevamente sus históricas le recuerdan esta vía regia al inconsciente, al punto de asegurar que no hay otra técnica más que la asociación libre y el relato del sueño como vía.

Los principales interrogantes acerca de Dora aparecen en los significantes de los dos sueños. A partir de sus asociaciones en análisis es que pueden perfilarse sus preguntas. Esto da pie a que Freud organice el caso a partir de ambos sueños, siendo consecuente con el material que Dora le ha facilitado y que, a su vez, le permite un desciframiento de éstos, así como aspectos fundamentales de la histeria como neurosis. En este trabajo se ha elegido el análisis del recorrido de los significantes en los que se desplaza la interrogación sobre el deseo en Dora a partir de los dos sueños.

II.

Dora: El enigma de Freud

"Quien como yo, convoca los más malignos demonios que moran, apenas contenidos en un pecho humano, y los combate, tiene que estar preparado para la eventualidad de no salir indemne de esta lucha"

(Freud: 1905; 96).

Hechas estas breves reflexiones, se pasará al análisis de los significantes principales de los sueños y su desplazamiento y recorrido. Esto en relación con las asociaciones de Dora y de Freud acerca de los sueños, para finalmente agregar algunas conclusiones de lo que nos parece más relevante del análisis freudiano y de lo que podría sugerirnos.

Como se mencionó anteriormente, para muchos autores, en el caso Dora se desliza el enigma de la femineidad, de la pregunta de la histórica por la otra mujer. Sin embargo, más que analizar la exhaustiva literatura existente, hemos propuesto dejarnos sugerir por el material presentado por Freud,

aunque, desde luego, estas observaciones ya están atravesadas por lecturas previas de las cuales somos efecto.

Un elemento sorprendente es cómo Freud se impresiona por la inteligencia del padre, quien le encomienda "llevarla por el buen camino" ¿Como el buen Dios? Dora tiene una relación inamistosa con su madre. La madre no es citada a la consulta y es descrita como poseedora de una "psicosis de ama de casa" que a diferencia de la neurosis obsesiva no es un síntoma molesto. Freud describe a la madre como contraria a las "dotes nada comunes del padre": poco inteligente, enfermiza, de escasa cultura. El hermano, un año y medio mayor que Dora, le sirve de modelo ideal y de identificación.

Freud no ignora que Dora viene gracias a la transferencia de su padre. Es importante destacar el lugar de la escucha freudiana en sus propias palabras "me había propuesto suspender el juicio" (10). Si bien esta escucha le permitió el trabajo de los sueños, algo ocurre en la situación transferencial que lleva a su interrupción precoz. Freud acaba preguntándose hasta dónde complacer el deseo y sobre cuál es su lugar como analista. La exposición de un caso no es más que la explicitación de las dificultades transferenciales y las soluciones a las que se llegaron.

Primer sueño

El incendio, el alhajero, la llave

El sueño comienza con la marca de la repetición, sueño repetitivo e insistente producido por primera vez tras la escena del lago.

El sueño es breve: "En una casa hay un incendio; mi padre está frente de mi cama y me despierta. Me visto con rapidez. Mamá pretende todavía salvar su alhajero, pero papá dice: 'No quiero que yo y mis dos hijos nos quememos a causa de tu alhajero'. Descendemos de prisa por las escaleras, y una vez abajo me despierto" (11).

Este primer sueño bordea el tema del don del padre. Don del padre que se plantea a partir de un primer significante el "alhajero" (SMUCKÄSTCHEN) que la madre quiere salvar, contrastando con los hijos, a quienes el padre salva del incendio.

El padre no podía dejar de tener un lugar importante para Dora, aquel al que interpela y al que sostiene también, apoyando a pesar de su queja inicial la relación entre él y la Sra. K.

El padre nos dirá Catherine Millot, como significativo, punto de almohadillado de las asociaciones de la histeria, marca así el lugar oscuro en el que se origina el deseo (12).

Desde la teoría de la seducción y el trauma, hasta el giro por el peso del fantasma, Freud no deja de recordarnos ese lugar predominante del padre en relación con el deseo del sujeto.

El padre quien viene a ocupar la vertiente del Otro del deseo en la histeria (13), no podía faltar en el caso Dora. Un padre que se manifiesta impotente, impotente en la realidad e impotente en relación con la posibilidad de otorgar ese don simbólico hacedor de la circulación del deseo. Ambos aspectos estarían relacionados con la dimensión del padre real, "padre que en la realidad se afirma como falóforo por el don simbólico que es capaz de hacer del falo, a través de los hijos y de la satisfacción sexual que procura a la madre" (14).

Dora se interroga sobre el deseo apoyándose en el padre, el significativo "alhaja" (SMUCK) quien organizará las asociaciones y desplazamientos de su pregunta: la madre de Dora espera un regalo "unos pendientes con gotas de perla" (TROPHEN VON PERLEM); pero el padre no se lo da, insatisfacción de la madre, queja y desprecio ante un regalo sustitutivo, la pulsera. "Dáselo a otra", dice la madre, y Dora se pregunta –interpretamos– por el don del padre a la madre y desde ahí por la dialéctica del don y del deseo: qué es lo que un padre da, o puede dar; y también, qué da un hombre a una mujer, a partir de los regalos que Dora recibe del Sr. K.

Freud nombra una serie de sustituciones: aceptar por dar, rechazar por rehusar... nos interesa destacar en este juego de intercambios las complejas opciones que Dora recoge: la madre rehusa el regalo y pide a su padre dárselo a otra. Esa otra va a ser la Sra. K., a quien Dora admiraba y a quien desde las asociaciones del primer sueño dirigirá su pregunta por la "llave": llave del cuarto en el primer sueño que la Sra. K. tiene, llave que pide a la madre reiteradamente en el segundo sueño. ¿De qué llave se tratará?

Por su parte, la Sra. K acepta el regalo del padre; pero, según Dora, es por interés hacia un hombre (su padre, un hombre sin recursos), quien sólo tiene ciertos recursos (dinero); aún cuando le intriga el cambio en el padre y en el rostro "sano y rozagante" de esta mujer enfermiza, tras los encuentros con su padre.

En cuanto a Dora, ella recibe los regalos del Sr. K y de su padre, pero aún cuando le gustan las alhajas no las usa. Aspecto que se podría relacionar con la restricción de la vida por sus síntomas; que Freud destaca. El síntoma aquí es una metáfora congelada, que sostiene la pregunta, pero no le permite hacer circular el deseo.

En medio de las asociaciones de Dora, aparecen también la sexualidad infantil y las identificaciones, determinando sus síntomas. Así, por ejemplo, la identificación a un rasgo del padre —el ahogo— va a ser importante para explicar la disnea y la tos de Dora. Sin embargo, no se hará este recorrido por los síntomas, para centrarse en el objetivo propuesto alrededor de los significantes.

Un segundo elemento comienza a emerger desde el primer sueño, a partir del segundo término del significante alhajero (SMUCKÄSTCHEN). Este se relacionará con otra vertiente fundamental: la pregunta por la femineidad.

En este primer sueño, Freud destacará el simbolismo de los genitales femeninos, en relación con la carterita bivalva que Dora abre y cierra en la sesión.

Sigamos escuchando a Dora en el segundo sueño y es allí donde de nuevo la pregunta insiste: "Te he preguntado ya cien veces dónde está la llave". Pero la madre no contesta, la respuesta está obturada por su parte, está demasiado ocupada en su "psicosis de ama de casa", para poder ofrecer a Dora alguna clave o punto de referencia respecto al deseo y la femineidad. Pregunta incesante que Dora dirigirá entonces a la Sra. K. De ahí su interés por acercarse a esas parejas donde algo del deseo circula: Sr. K y Sra. K, el padre y la Sra. K e interrogarse en medio de ellas sobre aquello silenciado, en el discurso familiar y que pareciera que Dora "metaforiza" en sus síntomas. El síntoma es un lenguaje del cual hay que descifrar su habla dirá Lacán y en los sueños Dora inicia su desciframiento.

Segundo sueño

La carta, la pregunta, la despedida

En ambos sueños, una escena central surge en las asociaciones de Dora —la escena del Lago—, escena insistente que en el segundo sueño se perfila en relación con una frase central del Sr. K.: "No me importa nada de mi mujer". Frase con efectos decisivos para Dora y donde la interpretación de Freud y Lacan difiere: ahí donde Freud destaca la humillación de Dora por ser tratada como una gobernanta, Lacan acentúa la caída del ideal femenino.

Es en este segundo sueño donde la pregunta por la mujer se acentúa.

Este sueño sobreviene pocas semanas después del primero. Dora deambula por una ciudad extraña donde ve calles y plazas. Halla una carta de su madre, quien le comunica que en razón de haberse marchado sin su consentimiento, no le ha informado que su padre ha enfermado y ahora ha muerto.

La madre pregunta ¿...y si tú quieres venir? Dora pregunta por una llave que abra la puerta de la femineidad; pero la madre no contesta y el padre no tiene la respuesta.

Dora sigue queriendo saber. En el segundo sueño, esto emerge con mayor insistencia. El alhajero (SMUCKÄSTCHEN) del primer sueño, se separa en el significante KÄSTCHEN (cajita) que en el segundo sueño reaparece con un nuevo significante (SCHACHTEL), en alemán, cajita, a la vez asociado al peyorativo de mujer. En medio continúa la pregunta por la llave, clave del saber al que Dora pretende acceder. En este recorrido aparece la Madonna, madre virgen (sin hombre), la escena del lago, la que, a su vez, resignifica la escena del beso; nos muestra esa mujer idealizada que ya no significa nada para el hombre (no me importa nada de mi mujer). La mujer ideal cae.

Dora continúa el recorrido, la pregunta por la cajita sustituye la pregunta por la estación de tren (BANHOF) y ésta se asocia a la pregunta por el cementerio (FREIDHOF). En medio surge otra asociación: se trata del bosque de las ninfas (WEISBILD). Este bosque que Freud relaciona con una geografía genital simbólica, con el denso bosque de vello pubiano, a partir de una palabra de la enciclopedia, que es VORHOF (patio anterior) y término anatómico para designar esta región de los genitales femeninos. El recorrido de Freud es por el lado del simbolismo; sin embargo, se ve claramente el

desplazamiento significativo, lo cual queda aún más evidente cuando Freud aclara que Weisbild es también un significante referido a la mujer en sentido peyorativo; es decir, que la pregunta acerca de la femineidad continúa desplazándose.

La Sra. K y Dora han compartido el saber de la enciclopedia sobre sexualidad. Ella le traiciona al contárselo al Sr. K, quien, a su vez, lo comunica al padre de Dora; descalificando la escena del Lago. Con esto descalifica nuevamente, como el padre, lo que circula en estos intercambios: todo es una mentira de Dora. Todo es reducido a un engaño, una simulación donde la verdad del síntoma queda obturada.

Freud, sin embargo, cree que alguna verdad es dicha por Dora y trata de que pueda emerger facilitando los recorridos por el camino del síntoma. Un síntoma que es la carta del enigma, carta que se presenta en el segundo sueño. Enigma que Freud trata de desentrañar, pero al abrir la carta se apresura a ofrecer un saber allí.

Después del sueño, Dora anuncia la despedida. Freud insiste en poner un saber allí donde está la pregunta: el Sr. K como su objeto de amor y la venganza, aún cuando nos dice: "Por último, pertenece al cuarto círculo de pensamientos, escondidos en lo más profundo (el del amor hacia la Sra. K)" (15).

La duda persiste, en tanto no se trata de un objeto u otro, sino de una manera de circular entre uno y otro, lo que la deja en posición de objeto.

Al final, Dora ya no le contradice, pero en el sueño se va sola, sigue su recorrido sin interlocutores. El mensaje es claro: Su padre ha muerto, su madre lo notifica a través de la carta tirada en el piso. Para Freud, se trata de la venganza; sin embargo, el enigma de Dora permanece sin respuesta... ¿Predecía el sueño la inminente ruptura, es un preaviso como el que daría la gobernanta de los Sres. K? ¿Por dónde continuará Dora? En el sueño acaba en el patio de la paz (Freidhof) cementerio. ¿Alcanzará Dora su meta? ¿Se trata de una identificación masculina? Ni Freud ni Dora quedaron indemnes: Dora no concluye su análisis. En su última sesión le dice: ¿Sabía usted, Dr., que hoy es la última vez que vengo aquí? Freud se pregunta: ¿Habría podido darle satisfacción?, ¿qué satisfacción?. Pregunta que toda histérica produce en el otro. De este enigma es fruto el psicoanálisis. Freud continúa su producción teórica sobre la transferencia. Este análisis fragmentario ha dejado sus huellas, un humo que aún no se extingue dentro del psicoanálisis.

NOTAS

1. Allouch, J. (1984). *Letra por letra*. Buenos Aires: EDELP, p. 25.
2. Freud, S. (1905) "Análisis fragmentario de un caso de histeria". En: *Obras Completas*. Tomo VII (1976). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
3. *Ibidem.*, p. 23.
4. *Ibidem.*, p. 29.
5. *Ibidem.*, p. 90.
6. Millot, C. y otros (1985). "Deseo y goce en la histeria". En: *Campo Freudiano. Histeria y Obsesión*. Buenos Aires: Manantial, p. 126.
7. Rosolato, G. La Histeria. "Estructuras Psicoanalíticas". En: Saurí, J. (Comp.) (1984). *Las Histerias*. Buenos Aires: Nueva Visión, p. 292.
8. Estevez, F. (1978). "Histeria y Homosexualidad femenina según Lacan". En: Krell, I. (comp.) (1984). *La escucha. La histeria*. Buenos Aires: Paidós.
9. Lacan, J. (1994). Libro 4. *La relación de objeto*. Libro IV, 1956-1957. Barcelona: Paidós.
10. Freud, S. (1905). *Op. cit.*, p. 25.
11. *Ibidem.*, p. 57.
12. Millot, C. (1988) *Nobodaddy. La histeria en el siglo*. Buenos Aires: Nueva Visión, p. 15
13. Silvestre, M. (1988). *Mañana del psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Manantial, p. 74.
14. Millot, C. (1988), *Op. cit.*, p. 64.
15. Freud, S. (1905). *Op. cit.*, p. 97.